

EXPERIENCIA MISIONERA: VIVIR Y CELEBRAR

La misión comienza en el compartir, en el vivir, en el acompañar y en el celebrar.

Es increíble como pasa el tiempo de rápido y la cantidad de cosas que experimentamos que de una manera u otra van marcando nuestras vidas.

Me llamo Leticia y soy de Madrid, España. Toda esta historia comienza en mi infancia. Sí, me remonto tantos años atrás porque todo tiene un porqué y todo sucede por algo. Yo he crecido en un ambiente familiar cristiano, marcada también por el carisma de las Hermanas Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor al ser educada en el colegio Divina Pastora de Madrid. Desde pequeña conozco la labor misionera que hacen las Hermanas en otros países del mundo y he sentido siempre esa llamada del Señor a dedicar mi vida a los demás y a construir su Reino entre nosotros. Sé que sin la fe que me transmitieron mis padres y las Hermanas hoy no sería lo que soy ni estaría por Argentina.

Los años han pasado y he crecido en todo los sentidos; al mismo tiempo que crecía en edad y físicamente, también crecía mi fe y mi relación con Dios. He tenido muchas experiencias de Dios que han ido marcando mi camino y mis opciones. Entre estas opciones se encuentra mi vocación como maestra y mi vocación como catequista y animadora de grupos cristianos. Después de participar varios años en el “Movimiento de Voluntariado Misionero” de la Congregación en España, Dios me pedía que diera aquel paso al que me llamaba desde pequeña; dejar todo e irme lejos a dedicar mi tiempo a los “primeros en su Reino”.

Mi destino: el barrio de **Reja Grande (Moreno)** en la Provincia de Buenos Aires. Aquí existe una realidad muy marcada por el maltrato, el abandono, el desempleo y la delincuencia. Poco a poco me he ido calando de todo lo que pasaba a mi alrededor creándome en ocasiones sensación de impotencia de querer y no poder cambiar esta realidad.

Ahora llevo algo más de un mes en tierras argentinas y me siento como si estuviera compartiendo esta experiencia con parte de mi familia de toda la vida. Desde el primer momento me sentí acogida y como una más de la Comunidad. Todas las personas con las que voy teniendo relación, desde el más pequeño de los niños hasta la más anciana, me conducen directamente a Dios. Son los pequeños detalles de cada día los que lo consiguen y los que me permiten ver a Dios en sus vidas.

Este mes ha estado marcado por el parón de actividades y de clases debido a la GRIPE A. Ante esta situación aparentemente mi labor no iba a poder desarrollarse, pero me acordé de un consejo que me dio un sacerdote de mi parroquia el día de mi partida: “no te preocupes tanto en hacer sino en vivir”. Este pensamiento me tranquilizó porque es lo que les tocaba vivir a los argentinos y yo lo viviré con ellos.



Sin embargo, como el Señor es sabio supo hacer las cosas bien y me fue poniendo en el camino lo que Él me encomendaba. Así fue como, a la semana siguiente de mi llegada, Dios me presentó a Jennifer de 9 años, a Carlos de 7 años y a Dylan y William de 4 años, cuatro hermanos que viven en un pequeño rancho con su papá.

Junto a ellos hemos ido creando una historia que formará parte de nuestras vidas



para siempre. Desde el primer día les ofrecimos todo aquello de lo que carecían para crecer digna y sanamente. Desde la alimentación variada hasta un baño y un espacio para el juego y el estudio. Ha habido momentos difíciles de desafío y de impotencia ante la conformidad y la falta, a veces, de colaboración del papá. En cambio, hemos ido dando pasitos con los niños. Ahora no devoran la comida como lo hacían los primeros días, van teniendo hábitos de higiene y los mayores se van esforzando por aprender, acudiendo todos los días a la escuela y haciendo sus tareas.

También fueron surgiendo otras necesidades a las que he podido dar respuesta. Entre ellas destaca el apoyo escolar para los chicos del barrio, que tenían que hacer las tareas mandadas por los maestros para que no se retrasasen tanto durante este tiempo de parón. Fueron llegando paulatinamente niños de todas las edades y grados de estudio. Pero la última semana se juntaron entre 20 y 30 chicos cada día y, aunque fue un poco difícil atender a todos, supuso para mí un desafío y resultó una linda experiencia muy enriquecedora.

Todas estas vivencias y muchas más van marcando el ritmo del VIVIR. Sin embargo, la vida no tendría sentido si no existiera un CELEBRAR. En esta fusión es donde se marca la diferencia entre mi vida cotidiana en mi ambiente de siempre y la experiencia misionera. La celebración comienza al levantarnos con la oración comunitaria. Para mí uno de los mejores momentos del día. Es ahí donde presentamos al Señor nuestras vidas y las de los vecinos del barrio y de donde salimos fortalecidas para enfrentarnos a lo que la vida nos depara. También han existido muchos más momentos de celebración: un asado con las chicas que colaboran en el funcionamiento del Centro “M . Concepción Dolcet”, bautizos, la misa dominical, reunirnos a comer y festejar con las Hermanas de las Comunidades más cercanas, el día del Amigo, el recordatorio de algunos de los testigos de Cristo a lo largo de la historia, conocer familias recién llegadas al barrio, etc. Todo esto es lo que va conformando esta gran experiencia de mi vida y, aunque aún no ha acabado, sé que marcará mi vida para siempre.

El final de mi artículo lo quiero dedicar a hacer una especial mención a las personas que colaboran con las Hermanas en esta linda y dura tarea de construir un barrio mejor donde vivir formando hombres y mujeres nuevos. Ellas son: Maite, Mónica, Adriana, Lidia, Gladys, Valeria, Gabi, Silvia, Charo y Julio, Luisa, Ube y todas las mamás que colaboran con el mantenimiento del Centro y en las celebraciones, los maestros y talleristas, y todas las personas que directa o indirectamente colaboran para que todo este amplio sistema funcione. Sin ellas nada de lo que aquí sucede sería posible.

Respecto a las Hermanas, sólo puedo decir cosas positivas de ellas. Ya son parte de mi familia y como tal las quiero y las admiro. De cada una de ellas he aprendido algo. De Miriam quiero destacar su entereza ante las dificultades y su mirada hacia lo cotidiano y sencillo, de Ángela admiro su sensatez reflexiva y su entrega incondicional en lo que hace y de Mabel me encanta su gusto por el detalle y su sensibilidad por el prójimo.

Termino con el estribillo de la canción “Creo” de Teresa Parodi, que desde el primer momento que la escuché me dejó huella. Refleja la esencia y el sentido de un

misionero, lo que he aprendido y lo que he vivido. Esta experiencia me está sirviendo para recuperar mi esperanza en el ser humano. Todo gracias a estas bellísimas personas que han trabajado y trabajan tan desinteresadamente para cambiar su realidad y “su mundo”.

Ellas han fortalecido mi fe y me han hecho creer que aunque todo se vea oscuro a nuestro alrededor, existe esa luz especial que ellas irradian que hace que todo valga la pena.

Y CREO EN VOS Y EN MÍ, EN MÍ Y EN VOS,
EN LA COMPLICIDAD DE LA ILUSIÓN
NO DEJO DE CREER EN VOS Y EN MÍ, EN MÍ Y EN VOS.



**Sin ellas nada de esto sería posible.
¡SOIS LA LUZ DEL MUNDO!**

Leticia de los Frailes López